

29



Es propiedad.

BIBLIOTECA LIGERA,

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

1. ¿Hablemos de religión?—2. ¿Quién se ocupa de eso?—3. ¿En qué quedamos: hay o no hay Dios?—4. La razón de la sinrazón.—5. ¿Si seré yo algo más que un bruto animal?—6. Bueno; pero el alma nadie la ha visto.—7. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?—8. Los amigos del pueblo.—9. ¿Y si le hay?—10. ¡A confesar!—11. ¿Soy católico?—12. Amigo leal.—13. Jesucristo y el Evangelio.—14. ¿Milagros? No soy tan bobo.—15. No me hable V. del Papa.—16. Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.—17. ¿Y cómo no hay ahora milagros?—18. Yo no creo sino lo que comprendo.—19. ¿Y eso de la Bula?—20. Libertad, igualdad, fraternidad.—21. La santa Cuaresma.—22. Muerte y juicio.—23. Infierno y gloria.—24. Querer es poder.—25. Esos curas ¡los hay tan malos!—26. Bueno

Q. 3531100

12
65523

LO DE LOURDES.

SERÁ todo lo que V. quiera, amigo mio, le decía yo pocos días atrás á un mi compañero en el wagón de un ferrocarril; pero la verdad es que existe hoy en Lourdes, departamento francés de los Altos Pirineos, diócesis de Tarbes, un magnífico Santuario que hace veinticinco años no existia; y corre nacida entre aquellas rocás áridas y peladas una abundosa fuente que hace veinticinco años nadie sospechaba pudiese correr por allí; y se han gastado en construcciones de conventos y

hospitales y otras obras religiosas al rededor de aquella Gruta millones de francos, lo cual parece imposible en un país de suyo pobre y apartado de todo centro fabril ó comercial; y ha crecido por mitad la antes ignorada y reducida población, que es hoy ciudad conocida de todo el mundo, cuando antes no sonaba su nombre más que en la comarca; y van allá continuamente viajeros de todos los puntos de Francia y de muchísimos del resto de Europa y de América; y, por fin, encuentran allí infinitos enfermos súbita curación de gravísimos males con sólo un vaso de aquella agua bebida con devoción, ó un baño de la misma con unas preces á María Santísima. Estos son hechos que nadie puede negar, visibles, palpables. Supongo que no le vendrán á V. tentaciones de negarme que existe Lourdes, y que de veinte

años acá se ha obrado allí esta transformación, y que hoy por hoy corre allí esta fuente que antes no corría, y va allá en peregrinación la mitad del mundo que antes no tenía de eso idea alguna. Eso no me lo va V. á negar. ¿No es verdad?

—Cierto que no, amigo mio; fuera tan ridículo empeñarse en negarlo, como negar que hubo hace poco Exposición universal en París y Filadelfia, ó que estalló hace pocos años guerra entre Rusia y Turquía, ó que la hubo después entre Inglaterra y el Afghanistan. Pero ¿qué saca V. de ahí en favor de la superstición? ¿Acaso no sabemos lo que pueden preocupaciones?

—Calma, calma, caballero, y no echemos á barato las cuestiones. Me contento con que me conceda V. que tales hechos existen. Pero ahora continuó yo y pregunto: ¿Sabe V. los

orígenes de todo esto, es decir, cómo empezó, cómo lo tomó el mundo y qué fallo les dió á esas frioleras la crítica más imparcial?

—Nó, á la verdad, porque nunca me dió el naípe por leer periódicos ultramontanos ni libros de devoción. ¡A las mujeres con eso!

—Está bien. ¿Con qué á título de librepensador falla V. inapelablemente sobre un suceso del cual no tiene idea alguna, y á título de partidario del libre examen da V. por resuelto en sentido de supersticioso un hecho que no se ha tomado la pena de examinar?

—¿Qué querrá V. decir con esto?

—Nada, que en esta cuestion, como en todas, el Catolicismo ha derrotado ya en primera instancia á la incredulidad, porque la tenemos convicta y confesa de negar sinsaber lo que niega, y de haber fallado sin tener conoci-

miento alguno de lo que sujeta á su ilustrado tribunal. Ilustrado, sí, ¿eh? Reniego yo de tan apagadas luces y de tan oscura ilustración. Más duchos y remirados andamos los católicos en eso de creer.

—¡Pero hombre! ¿No me he de reir de sus cosas de Vds., y no las he de negar sin examen, sí, señor, sin examen, cuando á las primeras de cambio quieren Vds. ya taparnos la boca con el milagro? ¡Vea V. por dónde se descuelga el Catolicismo en mitad nada menos que del siglo décimonono!

—¡Válganos á todos el cielo, santo varón! ¿Quién hay que la gane por la mano á la pobre é infatuada incredulidad en eso de tomar, como se dice, el rábano por las hojas? Véngase acá, bendito de Dios, véngase acá, y le pondré en cuatro palabras al corriente de todo eso que es nuestro abecé, y

que V. con ser tan sabio y tan ilustrado da muestras de ignorar. La Iglesia es más examinadora y pensadora que V. en esta materia y en todas. Ve un hecho ó varios que traspasan los límites de lo ordinario y no ofrecen por de pronto explicación natural. ¿Cree V. que al momento como loca y desatinada echa á correr por esas calles vociferando: ¡Milagro! ¡milagro! Más de cuatro años tardó el Obispo de Tarbes en prestar crédito *oficial* á lo que cuatro años hacía veníase contando de público en toda su diócesis y en toda Francia y en todo el mundo. Mire V. si anduvo con piés de plomo el buen Prelado en dar público certificado de verdad á los hechos referidos. Sólo cuando hubieron pasado ellos por todos los tamices y alambiques; cuando para convencerlos de impostura se hubo agotado en vano toda la astucia del

Gobierno, toda la cavilosidad de la policía, toda la malignidad de la prensa anticatólica; sólo cuando ni amenazas, ni burlas, ni promesas, ni halagos pudieron hacer que la niña de catorce años, Bernardita Soubirous, dejase de mantenerse firme y entera en la declaración de lo que había pasado con ella; sólo cuando repetidas curaciones, declaradas prodigiosas y sobrenaturales por facultativos de nota y académicos de peso, hubieron probado la virtud divina de la fuente que escarbando con sus dedos la tierra hizo brotar la hija del molinero; entonces fué cuando, tras minucioso y prolijo examen, la Iglesia, por boca del Pastor, admitió como legítimos tales hechos y reconoció en ellos el carácter sobrenatural. La misma impiedad, podemos decir, lo reconoció antes que la Iglesia, desde el momento en que compe-

lida á dar una explicación, confesó avergonzada y confusa que no podía humanamente darla. ¡Vergüenza para los sabios, mudos de estupor ante una niña que no sabía leer!

Dígame V. ahora, amigo mío; esa explicación humana que toda la incredulidad no ha podido dar de los hechos de Lourdes, por más que la ha buscado, ¿la tiene V.? Si la tiene, dénosla por caridad. Si no la tiene, búsquela. Averigüe los hechos, pese las razones, infórmese del pro y del contra de la cuestión; pero, por Dios, no resuelva de lleno, sin conocer los antecedentes de lo que se debate, que esto no es católico, ni filosófico, ni siquiera racional. Hay unos hechos que llaman la atención de todo el mundo. ¿Por qué se la llaman? Hay un lugar á donde acude en continua y nunca interrumpida procesión el pueblo fiel. ¿Por qué

acude allá todo este gentío? Hay infinidad de personas que se dicen maravillosamente curadas con el uso de aquella agua, en la cual el análisis químico no ha sabido encontrar composición distinta de las otras aguas comunes. ¿Qué se ha de creer de tales curaciones? ¿Quién da fe de ellas? ¿Qué valor tienen las firmas de los médicos que las aseguran? Eso es lo que invito á V. á averiguar.

¿Por qué los incrédulos, en vez de perder el tiempo en aguzar el sarcasmo y el insulto, no acreditan por lo menos su buena fe examinando los hechos y sometiéndolos á juicio contradictorio? ¡Ah! es que los milagros de Lourdes son ya tan numerosos, y muchos de ellos están ya de tal modo comprobados, que el examinarlos equivaldría casi á reconocerlos. Es mucho más cómodo y más conforme con el proce-

dimiento que ha seguido siempre el error, cerrar los ojos y arrojar saliva. Aquellos centenares de muletas y de aparatos ortopédicos que se ven pendientes de la Gruta, son de otros tantos enfermos que han dejado en ella la dolencia que les impedía el libre uso de sus miembros. Allí se han visto de repente funcionar en todo su vigor pulmones que la ciencia declaró deshechos, ojos destruidos, miembros atrofiados y sin vida. Se han visto del mismo modo desaparecer, en presencia de un público numeroso, tumores de gran volumen, y cicatrizarse llagas, y cerrarse abscesos, y alargarse miembros retraídos. Sobre el testimonio de testigos innumerables tenemos las declaraciones de los mismos médicos en documentos que no han sido ni pueden ser desmentidos. Los dolientes que han sido objeto de los divinos fa-

vores por mediación de la Virgen de Lourdes han procurado, en interés de la verdad y de las almas, hacer público todo el proceso de su enfermedad y de su curación.

Un católico francés ha desafiado años hace á toda la impiedad de su país á que pruebe la falsedad de los hechos reconocidos por milagrosos en la información episcopal de Tarbes, ó á que dé de ellos explicación humana. Dicho señor ha depositado diez mil francos en poder de un notario, que señala, y ha invitado por medio de los periódicos á que se presente prueba contraria á la declaración episcopal, regalando los diez mil francos á quien ofrezca esta prueba, siempre que se declare aceptable á juicio de cualquier Academia ó Instituto médico francés ó extranjero, que designe la suerte. Ningun incrédulo francés se ha atrevido aún á apos-

tar diez mil francos librepensadores contra los diez mil francos católicos del defensor de los milagros de Lourdes. Este guante del Catolicismo no ha sido aún recogido. Ea, ¡guapo! ¿A ver como se gana V. esos diez mil francos, probando, ya que es tan fácil, que lo de Lourdes es pura superstición?

Nó, no se probará. Lo de Lourdes es el testimonio más visible y elocuente de la verdad del Catolicismo en nuestro siglo impio y descreído. Años hace que la impiedad rehusaba nuestras razones y reclamaba hechos. Nosotros se los presentábamos en nuestra historia magníficos y luminosos. La impiedad nos los rechazaba por antiguos y difíciles, decía ella, de comprobar. Queríalos modernos, á la luz de hoy, sujetos al escalpelo de su propia crítica. Dios, que para condenar á la im-

piedad quiere absolutamente dejarla sin excusa, ha accedido á sus deseos. Y porque quería hechos, le ha dado hechos; y porque los quería modernos, se los ha dado modernos; y porque los quería ver á la luz del día, se los ha puesto á la luz del día, esto es, en mitad de Europa, en Francia, la nación mas crítica y propagandista, la maestra en incredulidad, la que para eso puede ser llamada testigo de mayor excepción. Pero ¡vea V. lo que son rarezas! Ahora resulta que la impiedad, que deseaba hechos que pudiese ella misma ver y examinar, se niega á ver y examinar los hechos que aquí le ofrece el Catolicismo. Mejor; es lo mismo que declararse anticipadamente vencida. Pero ¿resultan de este modo inútiles tales milagros? No, de ningún modo: porque se robustece con ellos la fe de los buenos creyentes, se alien-

ta su esperanza en el triunfo definitivo de la fe católica, se vigoriza y enardece más su espíritu para seguir luchando sin tregua ni descanso en pro de la verdad combatida. ¡Mirad cómo ha acogido en todas partes el pueblo fiel los prodigios de la Gruta de Lourdes! ¡Mirad qué ir y venir de los pueblos de Europa á ese bendito lugar! ¡Mirad qué nuevos sentimientos de amor y confianza en la Madre de Dios se han despertado en todos los corazones! ¡Ah! ¡Y tal vez con harto evidente significación se ha aparecido María allí bajo el título y emblemas de su Concepción Inmaculada. *¡Yo soy la Inmaculada Concepción!* ha dicho. Y ¿qué es la Inmaculada Concepción, además de la realidad del misterio que significa, sino un símbolo el más expresivo de las eternas luchas entre el bien y el mal, en las que definitiva-

mente ha de salir el bien vencedor? ¿Qué significa esa Mujer celestial, que aplasta con su pie la cabeza del dragón, que pugna y forcejea por devorarla, sino la imagen más exacta de la Iglesia de Dios, en guerra siempre con el infierno y siempre triunfante de él? ¿Y qué mejor lema podía presentársele a nuestro siglo de grandes y quizá decisivos combates, que ese que los comprende y representa todos? ¿Y qué prenda mayor podía dárseos hoy á los católicos de segura victoria, que esa que es recuerdo y representación de la más gloriosa victoria?

Realmente cuando todo eso se considera, va agrandándose, agrandándose el concepto de *lo de Lourdes*, hasta parecernos, como creemos lo es en realidad, una de las más grandes manifestaciones del poder de Dios en favor de su perseguida Iglesia. Lourdes

es la intervención visible del cielo en nuestros actuales combates; visible, decimos, porque la asistencia invisible de Dios para con su Iglesia la tenemos en todos los momentos garantida por divinas promesas. Hoy la tenemos visible, y basta abrir los ojos, basta no querer tenerlos obstinadamente cerrados para ver los resplandores del sobrenaturalismo que irradia la santa Gruta de Massabielle. ¡Dichoso quien así lo comprenda y obre en consecuencia! ¡Desventurado quien ante tanta luz siga empeñado en su voluntaria ceguera!

A. M. D. G.

si, pero no beato.—27. Honrado, y esto basta.—28.
 Dios no se mete en eso.—29. ¿Para qué necesito yo
 Sacramentos?—30. Dios quiere el corazón.—31. ¡To-
 dos somos iguales!—32. Más trabajo y menos fiestas.
 —33. ¡Qué dirán!—34. ¡Dad al Papa!—35. Pero ¿de ve-
 ras os parece que hemos de resucitar?—36. ¡Calla,
 blasfemo!—37. Lo de Lourdes.—38. ¡A veces hasta
 duda uno si hay Providencia!—39. ¡Pobre de mí... no
 tengo tiempo!—40. ¿Y por qué no he de leer yo todo
 lo que quiero?—41. Eos curas... por todo piden di-
 nero.—42. Belén y la cuestión social.—43. Principio
 y fundamento.—44. Lo que se va y lo que se viene.—
 45. Malo malo no lo soy. Otros hay peores que yo.—
 46. A vela y remo.—47. ¡Las fiestas! ¡Las fiestas!—48.
 ¡Tolerantes é intolerantes!—49. Terquedades católi-
 cas.—50. ¡Nó, no prevalecerán!—51. ¿Religión? ¡A los
 curas con ese embrollo!—52. Pero, ¿cómo puede ser
 lo de la Eucaristía?—53. Los frailes holgazanes.—54.
 Historia contemporánea.—55. ¡Se va á espantar el
 enfermo si le hablan de Sacramentos!—56. La libre-
 ría de mi amigo.—57. Corazones partidos.—58. ¡Qué
 iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesita-
 mos.—59. Vamos andando.—60. Los pocos y los mu-
 chos.—61. Ganar para la vejez.—62. Poncio Pilatos.
 —63. Mira que te mira Dios.—64. El Santo Rosario.—
 65. ¿Y hay de veras purgatorio?—66. Cariño más allá
 de la tumba.—67. Celestial compañero.—68. Ni fe sin
 obras, ni obras sin fe.—69. La Santa Inquisición.—
 70. ¿Los curas? ¡Bah! son hombres como nosotros.—
 71. Cuentas galanas.—72. El secreto del bien morir.
 —73. ¡Eternidad! ¡Eternidad!—74. Higiene espiritual.
 —75. María, Madre de Dios.—76. La casa-iglesia y la
 casa-club.—77. Escuelas laicas, es decir, impías.—

78. El Sagrado Corazón.—79. El secreto de la escuela laica.—80. Vivos y muertos, ó ¿cuándo se nace de veras?—81. Piezas para un proceso.—82. Las tres mentiras de la enseñanza laica.—83. ¿Romerías? ¿qué se saca de eso?—84. Modos de tener religión que equivalen á no tenerla.—85. No estoy por tanto lujo en las iglesias: Cristo fué pobre.—86. Con qué ños vamos?—87. Criterio seguro... y único.—88. La casa de la eternidad.—89. El bu del jesuitismo.—90. ¿Tanto mal es el pecado?—91. Más sobre el jesuitismo.—92. El pecado cristiano.—93. La más justificada justicia.—94. El combate de la vida.—95. El triunfo de la fe.—96. La vejez del incrédulo.—97. ¡Esos teatros!—98. El crimen de muchos hombres de bien.—99. Ricos muy pobres.—100. Ad majorem Dei gloriam.

Los libritos de esta *Biblioteca* se venden en la *Librería y Tipografía Católica* de Barcelona á los precios siguientes:

Un ejemplar, 6 cénts. de pta.; docena de un mismo número, 50 cénts.; centenar de id., 4 ptas.; quinientos de id., 48'75 ptas.; mil de id., 35 ptas.

La colección de los 400 números publicados vale 4 ptas.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, número 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1899.